

Palabra de profesores

EN EL LENGUAJE, Y CON ÉL EN LAS PALABRAS, ENCUENTRAN ACOMODO MUCHAS DE LAS IMÁGENES DEL MUNDO QUE HABITAMOS. TAMBIÉN SUS REALIDADES, REGISTRADAS EN LA MEMORIA HISTÓRICA DE LA CIENCIA, LA POESÍA O DE CUALQUIER EXPERIENCIA CREDADA Y MOLDEADA EN LA VIDA COTIDIANA.

¿Todo está en la palabra?, confesaba Pablo Neruda. En verdad, nada o muy poco es ajeno a las palabras, ya sea por lo que dicen, o por lo que ocultan y callan. En las palabras cabe todo o casi todo, incluido el complejo universo de la educación. También el de los profesores (y el de las profesoras), con sus particulares modos de ser y estar en sociedad, dentro y fuera de las aulas. El silencio mismo, obvia recordarlo, se resume en una palabra.

Desde siempre hemos asumido que en expresiones como *¿tener palabra?*, *¿tomar la palabra?*, *¿mantener la palabra?*, *¿llevar la palabra?*, *¿ser de palabra?*, *¿no decir palabra??*, más allá de las formalidades, se manifiestan convicciones sociales con un profundo sentido ético y pedagógico. No tanto por lo que cada una de esas *¿palabras?* son en sí mismas, sino y fundamentalmente por lo que se hace con ellas, en la comunicación, el diálogo o en las gramáticas. Palabras, en fin, que desbordan los diccionarios reivindicándose como una construcción social, transmisora de mensajes, sostén de culturas, crisol de derechos y consensos públicos; escenario también, hemos de admitirlo, de disidencias y fracasos. De ahí, tal vez, su importancia para quienes las procuran o conquistan. De ahí, sin duda, el valor del aprendizaje que las transforma en lectura, escritura, conocimiento o participación democrática. Acaso porque hoy, como nunca antes, somos conscientes de que la libertad y la diversidad requieren palabras que las nombren y evoquen como si de ellas dependiese una parte sustancial de nuestras respectivas identidades. De hecho, con las palabras hemos sido o somos alumnos, confiando a su buen uso la posibilidad de que se nos reconozca como maestros o educadores.

No obstante, en tiempos de incertidumbre, y hasta de crisis, como en los que vivimos, el poder de las palabras se ha devaluado hasta extremos insospechados. En gran medida, como ya aventuraba MacLunhan, porque el medio, *¿o los ¿medios?*, diríamos con mayor propiedad, deforman o suplantán sus mensajes sin que apenas existan oportunidades para recuperarlas. Peor aún, son muchas las palabras que se mutilan, mueren o desaparecen sin remisión, en aras del pragmatismo, la estulticia o la economía del tiempo, soterradas en las Academias de la Lengua, carentes de la más mínima estima y comprensión.

Tal vez no debamos engañarnos. En plena era de las pantallas, elevados a *¿oficiales?* lemas en los que se testifica que *¿las palabras vuelan, los ejemplos arrastran?* o *¿una imagen vale más que mil palabras?*, éstas van quedando desprovistas de seducción, aminoradas en su capacidad para establecer diálogos, para expresar sentimientos o comunicar emociones. En el lado opuesto, las imágenes se agrandan y *¿virtualizan?* llenas de colorido, tecnología, inmediatez y supuesto realismo. Está pasando, lo estamos viendo, cabría decir en el más puro estilo CNN. Aunque podrá ser peor, como muestra la historia reciente, si las palabras condenan y sirven de condena, hechas texto y pretexto para justificar una guerra, mentir acerca de las razones que motivan la ocupación de un país, disculpar el asesinato de miles de inocentes, tergiversar o deslegitimar los acuerdos internacionales (lo que constituye, no podemos eludirlo, una falta grave a la *¿palabra?*)? De una y otra forma validando lo que ya Peter Berger, en su *Pirámides de Sacrificio* (1968) *¿una extraordinaria reflexión sobre la ética y los males del desarrollo?* juzgaba que son el peso o la fuerza violenta de las palabras en boca de los poderosos, frente a la levedad y fragilidad de los débiles.

En medio de estas realidades, cabe a los profesores activar y, en ocasiones, rehabilitar el *don* de la palabra como expresión de los compromisos y responsabilidades que tienen contraídas con su profesión, con las instituciones educativas y la sociedad en su conjunto. La palabra recuperada como un patrimonio heredado, hecha cultura o/y currículum; la palabra como aventura iniciática o consolidada en la investigación, en la animación a leer y escribir; a transmitir conocimientos o a abrir debates; como fuente de iniciativas y voluntades. La palabra que expande argumentos y quehaceres que salen al encuentro de los hechos y de las razones que existen tras ellos, como incitación a la participación, a la enseñanza reflexiva y al aprendizaje significativo. La palabra que explica, interpreta, informa, asesora, desvela, guía, educa, duda, afirma, reivindica, dialoga, relata? La palabra que son palabras, en un escenario *¿las aulas y los centros educativos?* que muy poco podría hacer sin ellas. No sólo como un recurso fundamental en el decir y hacer, puesto al servicio del lenguaje y la comunicación humana; también, y sobre todo, como una forma de dar sentido a la dignidad humana, a cada persona y a sus circunstancias. En eso consiste la ética, como discurso y práctica que desafía a la profesión docente.